

SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



Mario Buscaglione, el maître de los banquetes presidenciales. Archivo: Martha Tellería Buscaglione, 2006.



Mario con sus dos hijas, Georgina y Martha Buscaglione Motta.



La hija mayor de Mario, Livia, aparece apoyada en el hombro de su madre, Rebeca Rodríguez. Archivo: Martha Tellería Buscaglione, 2006.

EL MAÎTRE BUSCAGLIONE

Mario contaba las horas de forma pausada y segura mientras la mula que estaba montado ascendía por quebradas accidentadas y peñascos puntiagudos. El andar cansino pero firme del robusto animal cauterizaba cualquier indicio de preocupación. Esto, sin duda, tranquilizaba al italiano, ya que su mente necesitaba relajarse lo más pronto posible para ayudarlo a pensar detenidamente en la decisión tomada hace un par de semanas cuando todavía se encontraba trabajando como conductor en la estación de tranvías de la capital argentina. Allí, Mario había decidido dejar de lado aquella aburrida y monótona ocupación. La paga no era mala pero tampoco le permitía soñar con un futuro cómodo y apartado de las bulliciosas calles porteñas. Por la cabeza le rondaba constantemente la idea de dirigir sus pasos hacia Bolivia, nación cercana a la Argentina y conocida por su riqueza mineral. Así, decidido a cruzar la frontera a como de lugar, el romano se hizo de una mula para emprender tamaña aventura. Durante muchos días tuvo que soportar estoicamente el ardor y los calambres que le producía el roce de la montura en la entrepierna. Esto, claro, para citar uno de los muchos inconvenientes que iban apareciendo en plena travesía. Al final, Mario Buscaglione llegó a su destino después de haber recorrido kilómetros enteros sobre el lomo pardusco del híbrido.

Cuando Mario llegó a La Paz, se encontró con una urbe tranquila, de temple sereno y adormecido similar al de algunos poblados argentinos donde había tenido la oportunidad de pernoctar durante su extenso viaje. Las callejas angostas y poco transitadas contrastaban notoriamente con el trajín atosigante de las grandes rutas bonaerenses. Incluso, por aquellos tiempos, no era para extrañarse observar en pleno centro de la ciudad los movimientos toscos y presurosos de un campesino tratando de dirigir los pasos cerriles de una recua numerosa de llamas. Sí, las diferencias eran notorias entre una urbe y otra, el inmigrante italiano lo sabía, sin embargo, el cambio fue de su agrado y allí quiso establecerse.

Mario encontró trabajo en menos de lo que canta un gallo. Su oficio, como era de suponer en una persona activa y de imaginación desbordante, estaba en organizar –nada más y nada menos– los banquetes de la casa presidencial. La habilidad culinaria que tenían sus manos unida a la pericia innata que el romano poseía a la hora de disponer las viandas en la mesa, le valieron un

reconocimiento impensado en esa pequeña sociedad clasista de maneras afrancesadas. Las felicitaciones circulaban de boca en boca, sobretodo cuando estas masticaban gustosas las delicias que el equipo del *maître* italiano había preparado. La atención dispensada por Mario era exquisita y fina, a tal punto que, en más de una oportunidad, sus eficientes servicios hicieron ablandar los rasgos fríos y teutónicos del presidente German Busch.

–Amigo, invíteme aquello que huele sabroso, deseo ser el primero en probar sus manjares antes que los demás empiecen ha atragantarse con estas exquisiteces– le decía el mandatario, con ese acento grave y sonoro tan propio de él, cuando se aproximaba a la cocina.

Ante estos cumplidos presidenciales, el *maître* romano se limitaba a esbozar una sonrisa discreta. Él era conciente de la calidad de su trabajo, por ello, su esfuerzo se incrementaba a medida que transcurrían los días. Ninguna tarea debía quedar inconclusa. Los mozos y las cocineras tenían obligaciones asignadas y no podían darse el lujo de cometer falta alguna. Mario disponía de un carácter cordial y amigable con sus empleados pero no soportaba en absoluto la dejadez, menos la displicencia. Pero el *maître* no sólo se dedicaba a impartir ordenes, también utilizaba la cocina como un verdadero salón de clases. Cuentan que en una de estas ocasiones, a Mario se le dio por difundir una de sus recetas mas valoradas. Recogiendo huevos, limones, aceite y quién sabe algún ingrediente más, el italiano, con una practicidad única, elaboró una salsa de mayonesa de sabor y consistencia inigualables. De esta forma, los canapés de Mario adquirieron fama y prestigio en los diversos salones donde fueron servidos.

Definitivamente la fortuna se había afincado en el hogar de Buscaglione. Para ese entonces estaba casado con Petronila Motta y tenía tres hijos: Martha, Georgina y el pequeño Mario. Claro, el *maître* nunca se olvidaba de su hija mayor, Livia, fruto del amor que éste prodigó a Rebeca Rodríguez, dama arequipeña que conoció cuando recién iniciaba su exitosa carrera.

Mario Buscaglione ejerció como padre de familia a cabalidad. En su casa –lo mismo se puede decir de su corazón- había espacio suficiente para cobijar a los hijos del primer matrimonio de Petronila con Eduardo Invernizzi, éste último había fallecido muy joven dejando en la orfandad a seis hijos.

Mario vivió el segundo y definitivo periodo de la vida de un hombre con excesos y despreocupaciones. El dinero que el trabajo le reportaba iba destinado al juego y los fines de semana se convirtieron, de forma abrupta, en escenario ideal de encuentros impostergables entre amigos italianos. Sin embargo, el romano de estampa generosa y corazón noble engendró amor en su familia y ahora no faltan lágrimas emotivas cada vez que se lo recuerda como digno padre y destacado presidente del Círculo Italiano.